



BOLETIN ECLESIASTICO

DE LOS OBISPADOS DE

SALAMANCA Y CIUDAD-RODRIGO.

SUMARIO. Pastoral de S. E. I.ª sobre el Centenario de Santa Teresa de Jesús.—Letras Apostólicas sobre el mismo asunto.

NOS EL DOCTOR DON NARCISO MARTINEZ IZQUIERDO,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
APOSTÓLICA OBISPO DE SALAMANCA Y ADMINIS-
TRADOR APOSTÓLICO DE CIUDAD-RODRIGO, ETC.,
ETC.

Al venerable Clero y fieles de ambas Diócesis.

Misericordias Domini in aeter-
num cantabo.

Cantaré eternamente las mise-
ricordias del Señor. *Ps. 88, v. 2.*

V. H. y A. H: al recibir el inestimable rescripto por el cual el Sumo Pontífice concede las indulgencias que despues diremos para la mayor celebridad

del tercer centenario de nuestra patrona Santa Teresa de Jesús, fué tal el gozo que se apoderó de nuestra alma y tan viva la gratitud de nuestro corazon que hubiéramos querido estar poseido de una accion de gracias tan íntima y dominante como la que esplica la misma Santa en sus moradas sextas, de aquel deseo de bendecir al Señor que llega hasta enloquecer como ella asegura, de aquel contento, que «todo provoca á alabanzas de Dios.»

Viendo la generosidad que usa con nosotros el bondadoso Pontífice: cómo viene con el lleno de su autoridad á favorecer nuestros proyectos de celebrar el centenario, cómo derrama sus favores sobre el sepulcro de la Santa de nuestro corazon, el amor, el reconocimiento, la admiracion, el júbilo Nos hizo sentir dulces trasportes, y dejando correr la imaginacion al través de la historia de la Providencia de salvacion que Dios ha observado con el género humano, se ofrecian á nuestra memoria como puntos de comparacion los momentos mas felices, los beneficios mas memorables, las gracias mas singulares, las promesas mas grandiosas. Nuestra mente se complacía en recordar los solemnes presagios, los arranques sublimes del profeta Isaias cuando hablando del libertador de las naciones dice: «Que está puesto como enseña de los pueblos, que á Él vendrán á suplicar todas las naciones, y que su sepulcro será glorioso.» (cap. 11, v. 10.) Y desde luego descubrimos grandes analogías entre la insigne Santa y su divino Esposo nuestro Redentor Jesús. En su nombre y representacion el Padre comun de los fieles ha manifestado ser su voluntad que se abran en este año las fuentes del Salva-

dor al pié de la tumba de esta su amada esposa, para que todos los que vengan á honrarla puedan beber las aguas de salud y apagar la sed de sus almas, recibiendo los raudales de la gracia divina, mientras satisfacen la vehemente devoción que sienten hácia tan amada Madre. Ella será testigo dirémos, usando palabras del mismo Profeta: de las misericordias del Señor, cuya gracia ha aparecido sobre el sepulcro de su sierva, y todos los que ante él se prosternan se levantarán llenos de aliento y cantarán las magnificencias del Omnipotente proclamando por todas partes la gran confianza que inspira el amor de esta gloriosa protectora.

Ni al discurrir de esta manera temíamos escedernos en nuestras consideraciones por ser incalculable el valor que dentro del orden cristiano tienen las concesiones que nos acaba de hacer el Representante de Dios en la tierra. Léanse sino con reflexion las Letras Apostólicas que trascibimos precedidas de las preces dirigidas por los muy venerables Prelados.

BEATÍSIMO PADRE:

Los Prelados que suscriben reunidos aquí con motivo de las innovaciones que el Gobierno proyecta introducir en la legislación sobre asuntos eclesiásticos, y en union con los que habitualmente residen en esta Capital, no pueden dejar pasar ocasion tan oportuna sin enviar á vuestra Santidad un reverente saludo que brota de lo íntimo de sus almas con tanta mas razon cuanto que se hallan afectados y conmovidos ante las

angustias que oprimen y llenan de amargura vuestro magnánimo corazón. Si la protesta de nuestra adhesión firmísima y el testimonio de nuestro amor inquebrantable pueden llevar un consuelo, por leve que él sea, á vuestra alma atormentada por acerbos dolores, dígnese vuestra Santidad recibirlos benígnamente. Vuestros sentimientos son nuestros, nuestra también vuestra aflicción y en defensa de vuestra causa estamos prontos á marchar á las cárceles y hasta á la misma muerte. Procuraremos interesar con oraciones continuas á Dios omnipotente para que venga propicio en vuestra ayuda haciendo que termine pronto vuestro cautiverio moral, que le sean devueltos á la Silla Apostólica todos sus derechos, que se desvanescan instantáneamente cuantos males turban y atormentan á la Iglesia.

Y á fin de que acepte clementísimo nuestros ruegos, pondremos por intercesora especial á la Reformadora insigne Santa Teresa de Jesús de cuya gloriosa muerte en Alba de Tórmes está corriendo el tercer año secular. Por su intercesión poderosa suplicaremos rendidamente á su divino Esposo, que obligue al mundo hoy engañado y estraviado por los caminos del Naturalismo corruptor, á volver á la fé sobrenatural, que abraza los corazones de los hombres en el fuego de la caridad con que dispuso para sí como agradabilísima víctima á tan pura Virgen, y que los atraiga á sí con aquel espíritu de oración que hizo tan esclarecida á Nuestra Santa.

Quisiéramos, pues, Santísimo Padre, que os sea grato vernos aplicados con toda el alma y con todas nuestras fuerzas á celebrar este Centenario Teresiano;



y á fin de que tan grande festividad redunde en mayor gloria y honor de Dios del que tan ardiente zeladora fué siempre Santa Teresa, y para que los fieles puedan obtener de la misma abundantes frutos de santificación, rogamos humildemente á Vuestra Santidad otorgue algunas gracias á los fieles que asistan en cualquiera punto á las fiestas religiosas del Centenario, y que estas gracias sean mayores para aquellos que en todo el año de 1882 ó en cualquiera período del mismo prefijado por vuestra soberana voluntad visitasen devotamente en Alba el venerable sepulcro de la Santa.

El Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion prolongue feliz y tranquila vuestra vida muchísimos años como incesantemente se lo piden

BEATÍSIMO PADRE.

Vuestros humildes y devotísimos siervos que prostrados ante Vuestra Santidad besan sus sagrados pies.

Madrid 25 de Noviembre de 1881.

Juan Ignacio Cardenal Moreno.

Miguel Cardenal Payá, Arzobispo de Compostela.

José, Patriarca Electo de las Indias.

Antolin, Arzobispo de Valencia.

Fr. Pedro, Obispo de Coria.

José María, Obispo de Barcelona.

Narciso, Obispo de Salamanca.

Honorio, Obispo de Huesca.

Ciriaco María, Obispo de Areópolis.

DE LA AUDIENCIA DEL SANTÍSIMO
el día 10 de Enero de 1882.

Nuestro Santísimo Señor Leon por la Divina Providencia Papa XIII, conformándose completa y gustosamente con los legítimos deseos de los Emmos. y RRmos. Sres. Cardenales de la Santa Romana Iglesia Juan Arzobispo de Toledo y Miguel Arzobispo de Compostela, así como tambien de otros Obispos españoles, cuyos deseos van encaminados á que se acreciente en los fieles la devocion á Santa Teresa de Jesús, principal ornamento de España y de la Iglesia Católica, á que se aumente el esplendor y la solemnidad con que el pueblo español ha de celebrar la memoria de la misma Santa, á que así mismo se aumente la religion de los fieles y se procure el mayor provecho de sus almas, dada cuenta por mí el infrascrito Secretario de la Sagrada Congregacion encargada de los negocios eclesiásticos extraordinarios, se ha dignado otorgar benígnamente del tesoro de la Iglesia las gracias espirituales siguientes: Indulgencia parcial de 7 años en la forma por la Iglesia acostumbrada á todos y cada uno de los fieles de Cristo de uno y otro sexo que devotos asistieren á las funciones sagradas que se hagan en toda España en las supradichas fiestas del Centenario:—Una indulgencia plenaria aplicable tambien por modo de sufragio á las almas del purgatorio, que han de ganar en la propia forma todos los fieles de Cristo que verdaderamente arrepentidos y habiendo confesado y comulgado vayan en peregrinacion durante el trascurso del año 1882 á venerar á Santa Teresa en su sepulcro y allí eleven

á Dios por algun espacio de tiempo devotas preces segun la intencion de Su Santidad, quien concede tambien la misma indulgencia plenaria á los que por causa de enfermedad ó de edad avanzada ú otro cualquiera motivo grave y razonable reconocido como legítimo por el propio Confesor hiciesen la referida visita sin guardar la forma de piadosa peregrinacion. Finalmente, el mismo Santísimo Padre y Señor faculta al Ordinario Diocesano para que el dia quince de Octubre del corriente año fiesta dedicada á la misma Santa Virgen dé la solemnemente bendicion Apostólica en su nombre y con su autoridad y segun el Rito y fórmula acostumbrados al pueblo fiel en Alba de Tórmes terminada que sea la Misa Solemne, concediendo por aquella á los fieles Indulgencia plenaria de todos los pecados. Sin que obste cosa en contrario. Dado en Roma, por la Secretaría de la misma Sagrada Congregacion, en el dia, mes y año referidos.—*M. Rampolla*, Secretario.—Hay un sello.

No era posible que al vernos sorprendidos con tanta bondad por parte del Vicario de Jesucristo dejase de conmoverse enteramente nuestra alma. Se muestra generoso y magnánimo con nuestra pequeñez, se interesa por el mayor éxito y celebridad de nuestras fiestas cuando él gime angustiado en una verdadera prision moral, cuando dirige su mirada amorosa hácia sus hijos en busca de consuelo, cuando los invita para que se acerquen. Verdaderamente que en tal situacion de ánimo todo lo dábamos por bueno para satisfacer sus paternales deseos, y todo reparo para venir en su auxilio nos parecía fundarse en idea pequeña.

Pero ya que tan poco valemos y que las circunstancias nos permiten hacer ménos todavía, procuremos M. V. H. y A. H. manifestar la buena disposicion de nuestro corazon. La gratitud de nuestra alma nadie la puede impedir. Fijemos sériamente nuestra atencion en las palabras de Su Santidad, meditemos sobre los altos propósitos que en ellas se envuelven y busquemos los santos fines á que nos invitan. El aumento y prosperidad de la religion, el mayor provecho de las almas y el acrecentamiento de la devocion á Santa Teresa de Jesús son los motivos que impulsan al venerable anciano que ocupa la cátedra de S. Pedro á abrir el tesoro de la Iglesia y otorgar gracias espirituales con una abundancia y en un grado tal que pocas veces se ha acostumbrado. ¿Quién puede permanecer indiferente al sentirse objeto de tan extraordinario amor?

Todo viene preparado en favor nuestro, lo mismo el beneficio que se nos ofrece, que las condiciones exigidas para su consecucion. Podemos ganar una indulgencia plenaria, un perdon general de las penas merecidas por nuestras culpas, y esto nos pone en la venturosa necesidad de purificar nuestras almas en las aguas saludables de la penitencia, y de fortificarlas con el alimento divino que se dá en la Sagrada Eucaristía. Se nos impone la obligacion de orar ante el sepulcro de la insigne Santa segun la intencion del Romano Pontífice, y con esto nuestra oracion se hace mas eficaz y poderosa por unirse con la de Aquel que es cabeza visible de la Iglesia, de Aquel que dirige el reino de Jesucristo en la tierra, de Aquel que lleva en sus manos la obra de nuestro divino Reden-

tor. Orar por la Iglesia, segun la intencion del Romano Pontífice ante el sepulcro de Teresa de Jesús, ¿puede darse oracion que mayor entusiasmo produzca en nuestra alma? Con qué confianza no debemos dirigir al Señor las aspiraciones mas fervorosas de nuestro corazon en favor de su Iglesia santa! Ella es la esposa á que se ha unido á costa de su sangre: en este mundo se la prepara por los prodigios mas admirables de su sabiduría y de su amor para despues presentarla sin mancha y sin arruga en el cielo Em-píreo. Él nos la ha dejado como maestra que nos guie, como madre que nos forme para la bienaventuranza, como fuente de todo bien, como escala para subir á la gloria; ¿y no le rogarémos en su favor con el mayor interés? «Cuando os pidiéramos honras, dice Santa Teresa, no nos oyais ó rentas ó dineros ó cosa que sepa á mundo, mas por honra de vuestro Hijo, por qué no nos habeis de oír, Padre Eterno? A quién perdería mil horas y mil vidas por Vos? No por nosotras Señor que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo y sus merecimientos. Oh Padre Eterno! Mira que no son de olvidar tantos azotes, injurias y tan gravísimos tormentos; mira Dios mio mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico y olvidad mis obras por quien Vos sois y habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No permitais ya mas daños en la Cristiandad, Señor, dad ya luz á estas tinieblas.» (Camin. cap. 3.º)

Mas supuesto que Dios dá direccion á nuestros deseos y señala el objeto de nuestras peticiones por las necesidades que mas nos aquejan; debiendo hoy

rogar por la Iglesia, ¿cómo no ha de ser preferente nuestra oracion por el Romano Pontífice? Santa Teresa de Jesús decia á sus religiosas que si sus deseos y disciplinas y ayunos no se empleaban por tener Santos Prelados pensasen que nada hacian ni cumplian el fin para que Dios las habia juntado. A esta manera nosotros no sacaremos de nuestros ejercicios de piedad practicados con motivo del presente centenario el fruto que debiéramos sino los ofrecemos en favor del Padre comun de los fieles, que si es lo mas importante en el órden cristiano por su autoridad, tambien es hoy el más necesitado del auxilio divino por lo recio del combate en que se encuentra.

Y será medio oportuno y de grande efecto para aspirar á tan elevados y santos fines el que en este año que podemos llamar teresiano nos penetremos del espíritu que animaba todas las acciones de Santa Teresa de Jesús. Se ofrece á nuestro estudio y veneracion una gran Santa, y su santidad no puede ménos de imponérsenos para admirarla y obligarnos á su imitacion. Celebramos las glorias de una Maestra singular, y su sabiduría, y su atractivo deben cautivarnos para que la escuchemos, meditemos sus lecciones y practiquemos sus consejos. Mas principalmente es de advertir que se nos pone á la vista una Reformadora insigne que empleó toda su vida en reformarse á sí misma para mejorarse; que dictó un plan y unas leyes tan acertadas que no solo han producido una reforma admirable en los suyos sino que tambien han influido poderosamente en los estraños, siendo causa de una verdadera reparacion general en el mundo. Ello es cierto, M. V. H. y A. H. que no se

puede entender en las cosas de Santa Teresa, sin sentirse asaltado de las ideas de mejoramiento y restauracion espiritual. El nombre de Santa Teresa aparece siempre unido al concepto de rehabilitacion cristiana. Y cuanta grandeza y felicidad nos venga por este concepto no hay para que declararlo. Todo el secreto de nuestra escelencia consiste en remediar el decaimiento constante que experimentamos, en luchar con las dificultades que se nos oponen para obrar el bien, en sobreponernos á esa opinion funesta que se forma en el mundo en medio de las continuas debilidades y condescendencias, á ese género de vida que se acomoda á las exigencias del amor sensual y del bajo egoismo, á esa conducta siempre guiada por la prudencia de la carne.

«Renovaos, dice el Apostol, con el espíritu de vuestra mente y revestios del hombre nuevo que fué criado segun Dios en la justicia y santidad de verdad.» En esto no solamente nos dá á conocer la dignidad del hombre restaurado por Cristo nuestro adorable Salvador, sino que tambien nos previene que aunque hémos sido renovados y regenerados por el bautismo, todos los dias debemos procurar mayor renovacion deponiendo y desnudándonos del hombre viejo de la concupiscencia, que mientras vivimos en esta vida no deja de tener alguna parte y posesion en nosotros. Quiere el Apostol que el cristiano mortifique y estirpe más y más cada dia los malos hábitos, los vicios y propensiones al mal é introduzca, renueve y aumente con un fervor y deseo constante de aprovechamiento las virtudes de nuestro Señor Jesucristo, y aquellas de que en el estado de la inocencia se nos presenta

adornado nuestro padre Adán, pues que la mente, como interpreta S. Gregorio Magno, mientras es calentada y purificada por el fuego del amor, siempre conserva en sí el brillo de la hermosura, y una cotidiana renovacion del fervor.

El amor es, sin duda, el elemento poderoso que nos lleva á la *perfeccion*. La perfeccion cristiana, dice Santo Tomás (2—2, q. 184—1.º) se considera simplemente y de una manera especial segun la caridad, á la cual no dejan por eso de acompañar las demás virtudes. La caridad, arguye el Santo, es la que nos une con Dios, y siendo Dios el fin último de la mente humana, solo por el camino del amor puede venir á descansar en Él. Solamente en nuestra patria que es el cielo (ibid art. 2.º) podremos conseguir una perfeccion total amando á Dios cuanto somos capaces de amarle, mas durante nuestra carrera mortal bien podemos procurar y adquirir esta perfeccion, por un lado escluyendo todo afecto que contrarie la caridad, como es el pecado mortal, y por otro, despojándonos no solo de todas las aficiones que son contrarias á virtud tan principal, sino tambien de todas aquellas que impiden [que nuestra alma se dirija y consagre completamente á Dios.

Únicamente Dios es bueno, y siguiendo el camino que nos marca su santa ley y uniendo nuestra voluntad á la suya es como podremos ser buenos y felices. ¡Oh qué admirable se nos ofrece en eso de buscar á Dios y vivir con Dios la Santa del «Solo Dios basta,» la Santa que por el carácter de su virtud podemos de un modo particular llamar endiosada! Qué fé tan viva se descubre en ella! Qué esperanza tan firme! Qué ca-

ridad tan ardientel! Cómo llegó á gustar en una vida de miserias y desventuras, de las cosas celestiales! Qué bien conoció por una parte la miseria del hombre, y por otra la excelencia y dignidad del alma, sobre todo cuando Dios la eleva al estado sobrenatural! Cuánto deseó perfeccionar su espíritu con la práctica de todas las virtudes y con el sufrimiento y la prueba hasta el heroísmo! Cómo y en qué grado recomendó en sus obras inmortales la oracion, medio indispensable para entrar de lleno en el órden divino, que es el plan de las Misericordias infinitas de Dios!

Ideas son éstas, mis amados, que quisiéramos exponer con algun detenimiento, bien convencidos de la necesidad que tenemos de meditar profundamente sobre ellas, si queremos llegar á conocer y amar á Dios, único y último fin que se nos ha fijado. Con razon nuestra Santa despues de ponderar las grandezas y las excelencias de Dios con ese lenguaje que en ella es familiar sin dejar de ser sublime exclama: «O Emperador nuestro, sumo poder, suma bondad, la misma sabiduría, sin principio, sin fin, sin haber término en vuestras perfecciones; son infinitas sin poderse comprender, un piélago sin suelo de maravillas, una hermosura que tiene en sí todas las hermosuras, la misma fortaleza. O valame Dios, quien tuviera aquí junta toda la elocuencia de los mortales y sabiduría para saber bien, como acá se puede saber, que todo es no saber nada, para én este caso dar á entender alguna de las muchas cosas que podemos considerar, para conocer algo de quien es este Señor y bien nuestro... En mil vidas de las nuestras no acabaremos de entender como merece ser tratado este Señor que los ánge-

les tiemblan delante de Él: todo lo manda, todo lo puede, su querer es obrar; pues razon será que queramos deleitarnos en estas grandezas.» (Cam. capítulo 22.)

Con este *conocimiento* de la magestad y grandeza de Dios, si hémos de movernos hácia Él, debe andar unido el de nuestra propia flaqueza y pequeñez que quien á Dios conoce tan grande y tan escelente, no puede ménos de poner los ojos en sí mismo descubriendo su humildad ¡y miserable condicion. No se ocultaba á Santa Teresa esta verdad fundamental en el órden del espíritu, verdad por desgracia desconocida de los hombres del mundo, tan olvidados de Dios como solícitos de su falso bienestar, «que el alma absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como ve, gana la verdadera humildad para no se le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros.» (Vid. cap. 20).

Porque «nuestro entendimiento y nuestra voluntad, dice en otro lugar, se hace más noble y más aparejado para todo bien tratando á vueltas de sí con Dios, y sino salimos de nuestro cieno y miseria, es mucho inconveniente.» (Morad. 1.^{as}, cap. 2.^o, n.^o 11.) «Qué ceguedad tan grande la mia, ¡exclama! ¿á dónde pensaba Señor mio hallar remedio sino en Vos? Qué disparate huir la luz para andar siempre tropezando. (Vid. cp. 19, n.^o 6). Pensando quien es Dios se hace el alma determinada para cosas grandes.» (Fr. cap. 5.^o, n.^o 3.) Y para que no andemos distraídos con nuestras ilusiones y desvanecidos con las falsas bellezas de las criaturas, Dios cuya sabiduría es siempre misteriosa y cuya justicia y rigor siempre resulta mise-

ricordia, nos hiere para salvarnos, nos aflige para que busquemos en Él el consuelo y el descanso. Pero si Dios prueba así á los hombres, sabía y piadosamente dice la incomparable Dotora que todo lo hace «porque así entiendan ellos su falta muy claramente, y á las veces les da mas pena esta, de ver que sin poder mas sienten cosas de la tierra, y no muy pesadas, que lo mismo que tienen pena. Esto tengolo yo por gran misericordia de Dios, y es falta muy gananciosa para la humildad.»

Aunque el Señor, segun idea de la misma (Concep. cp. 6., n.º 3.) «se adelanta inmensamente á nuestros deseos, y cuando al alma parece que no hay mas que desear, á nuestro Rey Sacratísimo faltále mucho por dar; quiere sin embargo que nosotros deseémos sus favores y en pago de aquello poquito á que nos determinamos por Él, nos colma de sus beneficios, porqué nunca querría hacer otra cosa que dar si hallase á quien.» Es cierto que Dios desea nuestra perfeccion por medio del propio conocimiento y el de las cosas divinas, pero tambien exige que nosotros mismos la deseemos y que estos deseos estén en perfecta armonía con nuestro modo de proceder y de obrar. Quiere que vayamos á Él por la voluntad, y así la primera condicion para nuestra perfeccion debe ser el desearla. ¡Oh cuán importante es el *deseo* en la vida y salvacion del cristiano! El Profeta Daniel es llamado por el Espíritu Santo varon de deseos porque deseó y pidió la salud del mundo, la Encarnacion del Hijo de Dios. El Angel Gabriel le declara una y repetidas veces que es el Señor quien le revela cosas extraordinarias, porque lo habia deseado.

«*Vir desideriorum est.*» (Daniel [c. 9 y. 23. et alib.]) La mujer de los grandes deseos fué tambien la mística Doctora Santa Teresa de Jesús. Apenas en ella se dejó ver la razon, deseó con ansias servir á Dios y que reinase en su alma, doliéndole que los judios y los infieles no la conociesen, á cuyo efecto y siendo aún muy niña pretendió irse á tierra de moros para trabajar por su conversion y que la descabezasen. Y si continuamos observándola desde sus primeros años hasta que llegó á ser Maestra consumada en la vida del espíritu, veremos que constantemente sigue pidiendo y deseando hasta llegar á formar aquél precioso raciocinio que es la expresion de sus inmensos deseos *aut pati aut mori*. «O padecer ó morir,» y dar como fundamento para marchar por el camino de la perfeccion aquella máxima que en sus escritos es tan frecuente «de que en punto á los favores de Dios hay que tener mucha fé y en orden á su servicio unos deseos y unos propósitos sin tasa.» «Os hé dicho muchas veces, escribe á sus monjas, y ahora os lo torno á decir y rogar que siempre nuestros pensamientos vayan animosos, que de aquí vendrá el Señor ós de gracia para que lo sean tambien las obras: creed que va mucho en esto. (Concep. cap. 2.º, 12.)

Mas, bien comprendereis, mis amados, que los deseos cuando se refieren á Dios llevan consigo como consecuencia necesaria la *oracion*. La Santa insistió tanto en la necesidad que el hombre tiene de desear, pedir y hacer oracion, que todas sus obras y sus inmortales escritos no tienen otro fin, no pretenden otra cosa que recomendar este acto de religion por excelencia, acto por el cual, como enseña el Angélico

Doctor, acatamos y adoramos la majestad infinita de Dios y protestamos de su bondad soberana y de su absoluta superioridad sobre todas las criaturas. (2. 2. quest. 83, 3.º)

Si hubiera ideas fijas y seguras sobre la oracion, bien podria asegurarse que no seria este ejercicio considerado como exclusivo de las almas que por vocacion especial siguen y practican los consejos evangélicos. La oracion, como acto de religion, es esencialmente necesaria y no puede decirse de un hombre que es religioso, si no ejércita sus facultades superiores y las ordena á Dios de quien proceden. Si el hombre se distingue de los demás seres de la creacion por su inteligencia, y mediante ella y por el privilegio que el Criador le concedió, manda, como dice Santo Tomás, con imperio á todas las criaturas que á Él fueron subordinadas, pudiéndose decir que su razon es causativa de las cosas que la están sujetas; causativa es en cierta manera de las cosas que de ella no dependen, por ser muy superiores, debiéndose esta fuerza á la oracion. (2—2 q. 83, 1.º)

Quién podrá, no digo exponer, sino reunir, ni siquiera señalar los incomparables conceptos de Santa Teresa acerca de la excelencia de la oracion? Han sido siempre muy admiradas sus célebres sentencias de que «alma sin oracion es como cuerpo con perle-
sía, que Dios tiene en mucho los ratos que pasamos con Él, y que pensar ir al cielo sin oracion es desatino.» Tanto significaba para la Santa la oracion, que para dar á conocer la virtud de uno solia decir que era hombre de oracion; y tan sábias y eficaces eran sus lecciones sobre este santo ejercicio, que to-

:

dos gustaban de tenerla por maestra como nos consta del príncipe D. Teutonio de Braganza y del Ilustrísimo Sr. Velazquez, varon apostólico y Obispo de Osma: y el Illmo. P. Yepes declara que despues de confesar á la Santa gozaba mucho en que lo tratase como á discípulo, y que le hablase con la confianza que usa una madre con su hijo.

Pero debe tenerse presente que á la oracion se oponen obstáculos, dificultades é impedimentos que á toda costa hay que superar y vencer. Como el espíritu vive y debe vivir en una esfera enteramente diversa de la vida de los sentidos, no puede desarrollarse allí donde impera la materia, donde no es conocida y no reina la virtud de la templanza. El espíritu llega á desfallecer, queda ahogado en aquel hombre que se ocupa solamente de la vida sensual. No son estas por cierto teorías nuevamente inventadas por los ascetas que fueron huyendo del mundo. Es doctrina tan antigua como el cristianismo. El Apostol de las gentes escribiendo á los romanos les amonestaba con toda sinceridad que vivan segun el espíritu moderando los sentidos y el mismo espíritu con la santa virtud de la templanza, si es que quieren saber y entender algo de los goces y deleites puramente espirituales, porque los que viven segun la carne nada pueden saber que no sea carnal, bajo y grosero. *Qui vivunt secundum carnem, quæ carnis sunt sapiunt.* Y si S. Pablo creyó necesario recordar á los recién convertidos á la fé el peligro que corrian de su eterna perdicion, sino procuraban moderar su carne y ajustar su vida á la moral pura del Evangelio que en todo y sobre todo predica la mortificacion y penitencia; hoy que por des-

gracia se dá tanta importancia á la materia con detrimento del elemento espiritual convendrá muy mucho recordar aquella doctrina muy en consonancia con la que enseña Santa Teresa de Jesús. «La costumbre, dice, en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata de ésto, lo estraga todo. Porque está tan muerta la fé, que creémos mas lo que vemos que lo que ella nos dice. Y á la verdad, no vemos sino harta mala ventura en los que se van tras estas cosas sensibles; mas eso han hecho estas cosas emponzoñadas que tratamos, que como si á uno muerde una víbora, se emponzoña todo y se hincha; así es acá si no nos guardamos.» (Morad. 2.^{as} cap. 1.^o)

La *mortificación* interior y exterior debe excluir todo objeto y todo afecto que sea incompatible con el amor de Dios á quien buscamos en la oracion, y para demostrarlo nada mas oportuno que dejar hablar á la que tanto conoció la vida del espíritu. «Somos tan caros, dice, y tan tardíos en darnos del todo á Dios, que como Su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponerlos. Bien veo que no le hay con que le pueda comprar en la tierra; mas si hiciéramos lo que podemos en no nos asir á cosa de ella, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo que sin duda muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos como algunos Santos lo hicieron; mas parécenos que lo damos todo, y es que ofrecemos á Dios la renta ó los frutos y quedámonos con la raiz ó posesion.» (Vid. cap. 11, núm. 10.)

Mas porque el corazon humano tarda en desasirse

por completo de la vida exterior y recogerse dentro de sí mismo, donde con toda seguridad puede encontrar á Dios, y con Él todos los bienes que jamás podrá hallar entre el ruido y confusion de las cosas del mundo, terminantemente dijo: «A Dios se halla mejor y más á nuestro provecho en lo interior, como dice S. Agustin. Y no penseis que es por el entendimiento adquirido, procurando pensar dentro de sí á Dios ni por la imaginacion, imaginándole en sí; bueno es esto y excelente manera de meditacion, porque se funda sobre otra verdad que lo es, estar Dios dentro de nosotros mismos.» (Mor. 4.^{as} cap. 3, núm. 3.)

El alma que no se ayuda y se auxilia á sí misma con esta vigilancia, continúa, por lo que hace á los peligros de fuera y con la presencia de Dios en lo interior de su espíritu, es como cuerpo tullido, que aunque tiene pies y manos no los puede mandar, que así son que hay almas tan enfermas y mostradas á estarse en cosas exteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden entrar dentro de sí, porque ya la costumbre la tienen tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias, que ya casi están hechas como ellas, y con ser de natural tan rico y poder tener su conversacion nada menos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estátuas de sal, por no volver la cabeza hácia sí, así como lo quedó la mujer de Lot por volverla.» (Mor. 1.^a, cap. 1.^o) Y Dios mismo al ver la violencia que se hace la criatura por su amor, á ella viene y en ella hace su mansion «porque no encuentra en ella gente baja, ni sabandijas, y cabe en ella per-

fectamente con toda su corte.» (Cam. 28, 8.) «Y favorece y ayuda á los que así le hacen fuerza para servirle. (Vid. 4, 1.º) y» gusta entonces el alma de entender que solo Dios es verdad pura y tiene en poco este mundo que es todo mentira y falsedad y como tal no es durable.» (Mor. 6, cap. 10) «y se vé con un deseo de alabar á Dios, que se querria deshacer y morir por Él mil muertes, y comienza á tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conozcan á Dios, y de aquí le viene pena grande de ver que es ofendido.» (Mor. 5.ª, cap. 2.º, núm. 6.º)

Si penetrados bien de estas verdades y de las reflexiones que sugieren, tratásemos de favorecer y dar fuerza al elemento espiritual, si trabajásemos por avivar y perfeccionar la imágen divina estampada en nuestra alma, prevaleceria en nosotros la vida racional y la misma razon sensata, reconociéndose insuficiente para guiar al hombre á sus altos destinos, pediria el auxilio de lo alto para volar á Dios bien infinito, fuera del cual nuestro corazon no puede hallar reposo. Conociendonos á nosotros mismos, apagada en nuestro pecho la llama de la concupiscencia, disipadas las ilusiones que nos llenan, segun la expresion del Profeta Rey, nuestros ojos clarificados por la mortificacion verian á Dios, é iluminados volveríamos á Él por un deseo constante, por una oracion ferviente y allegándonos por la fé y creyendo que es remunerador de los que le buscan, viviríamos la vida sobrenatural, introducida en la humanidad por la gracia de Cristo Jesús.

Así entramos con decision en el órden cristiano; á este estado tan alto nos elevamos al cabo de nuestras ansias y deseos, favoreciendo el Señor nuestros trabajos y nuestros esfuerzos para levantarnos de la tierra que constantemente nos atrae hácia sí. Ejercitando la templanza, haciéndonos dueños de nosotros mismos, nos examinamos, nos sabemos apreciar sin presunciones vanas y nos poseemos de la santa é inapreciable virtud de la *humildad*, freno poderoso, capaz de contener todos los desarreglos de la in temperancia. Esta nos hace reconocer que solo en Dios hemos de buscar el bien y nos coloca en sus manos, negándonos á nosotros mismos cuanto es necesario para que prevalezca la virtud divina. Y Dios que así como resiste á los soberbios, tiene su gracia preparada para los humildes, que reserva los secretos de su sabiduría á los sábios y prudentes del siglo y los revela á los párvulos, nos ilumina con sus luces y pone en arreglo y en vias de perfeccion todas las facultades de nuestra alma.

Así la *fé* primera entre las virtudes que llamamos teologales, marca tambien el primer paso para entrar en ese nuevo órden; y para recomendaros su conservacion y aumento, ya que por la misericordia divina la habeis recibido cuando fuisteis incorporados al gremio de la Iglesia católica, es de grande oportunidad y podrá ser de mucho efecto el tomar por guia á Santa Teresa á quien Dios hizo modelo acabado de esta virtud en sus múltiples y todas hermosas manifestaciones. La *fé*, como os consta es un don muy escelente de la bondad divina; una vez que el alma es llamada por esta vocacion especialísima á participar de sus

bienes inefables, se hace apenas creíble haya quien la pierda en parte ó en todo, obscureciendo y velando esta luz que ilumina al entendimiento. Solamente el amor propio exaltado, la soberbia humana puede ser obstáculo para que percibamos los inestimables beneficios que la fé nos proporciona, porque cuando mas humilde es el hombre, tanto mas y mejor se dispone para sentir altamente de Dios que es en último término el objeto de la fé y su autoridad el motivo por el cual la inteligencia se somete á cuanto El ha revelado. Tan fútil y trivial objecion como es la que presentan los incrédulos, quienes no creen, porque no entienden, resuélvela la Santa con estas hermosas ideas que legó para instruccion de sus Hijas. «Verdaderamente, Hijas, no le hacen al alma tener tanto respeto á Dios, las cosas que acá podemos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos, como las que en ninguna manera se pueden entender. Y así os encomiendo mucho que cuando leyeredes algun libro, ú oyeredes algun sermon ó pensáredes los misterios de nuestra fé, que lo que buenamente no pudieréis entender, no os canseis, ni gasteis el entendimiento en adelgazarlo. No es para mugeres ni aun para hombres muchas cosas.» (Concep. cap. 1.º) Fué tan favorecida en esta virtud, que se distingue en ella por lo incontrastable y capaz de resistir todas las pruebas imaginables. «En cosas de la fé me hallo á mi parecer con muy mayor fortaleza: pareceme á mí que contra todos los luteranos me ponía yo sola á hacerles entender su yerro.» Y en otro lugar añade: «Sabia bien de mí, que en cosa de la fé contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba contra ella, ó por

cualquier verdad de la Sagrada Escritura pasara yo mil muertes.»

El empeño de los impios que no llamaríamos desmedido si no se descubriesen en él torcidos fines, el afán de perfeccionar las facultades del hombre por medios que jamás conducirán al fin deseado, porque se separan del único camino que á él conduce, es sumamente fácil de conseguir para el cristiano por medio de la virtud de la fé que perfecciona y eleva el entendimiento con la posesion de la verdad que es Dios, y llena el corazon y la voluntad, consiguiendo el bien sumo é increado. «Lleva el hombre en su interior, dice la Reformadora del Carmelo, la imagen de Dios, como se vé en un espejo la nuestra; el que pierde la fé, rompe el espejo, destruye la imagen; el que de Dios se separa por el pecado, la empaña, siéndole preciso purificar su alma para poder disfrutar de nuevo de tan preciosa vista.» Terrible observacion la que la Santa hace á los pecadores, y aún más terrible con la que amenaza á los herejes.

¡Y qué de gracias y beneficios reciben los que someten su inteligencia en obsequio de la fé! Los santos con ella vencieron los reinos, obraron la justicia, alcanzaron las eternas promesas, todo para ellos fué posible; con ella fueron confortados, y se dispusieron para emprender las obras mas dificultosas, con ella salieron victoriosos de todas las tentaciones, y al que una vez entregó su entendimiento á Dios no es raro le conceda el premio en esta vida, no permitiendo al demonio que presente la tentacion en materia tan delicada. Tal favor cuenta que recibió la Santa. (Vid. c. 19).

Mas, ¿de qué procede que el espíritu se encuentre co-

barde y sin fuerzas para obrar en el órden espiritual? Cuál es la causa de esa enervacion de las facultades superiores que no se alimentan de los verdaderos bienes, dándose á manjares que las estragan y hacen perder el gusto y la aficion á los contentos y gozos celestiales? Todo, todo proviene de la falta de fé, por que el que no cree, no puede esperar, y el que no espera, no se le dá á entender el sentido de las verdaderas promesas. «O valáme Dios, dice Santa Teresa, que hace tener tan adormecida la fé para lo uno y para lo otro, que ni acabamos de entender, cuan cerca tenemos el castigo, ni cuan cierto el premio... pedid que os dé Su Magestad luz, porque estamos ciegos y con hastío para no poder comer los manjares que os han de dar vida, sino los que os han de llevar á la muerte; ¡y qué muerte tan peligrosa y tan para siempre! (Camin., cap. 3.º)

De todas las virtudes es Maestra consumada la Reformadora del Carmelo; mas al dar lecciones sobre el valor que infunde la *esperanza* en los corazones cristianos, lo hace tan hábilmente, que bien se conoce era en ella el faro luminoso que la conducia en los ásperos caminos que tuvo necesariamente que recorrer. «Asete á Dios que no se muda, dice, que cuando Dios dá muchos trabajos en esta vida, Él mismo lo premia con sucesos agradables cuando menos se esperan. La verdad es que mientras mas trabajos tenemos, más ganancia se debe esperar: puesto que pedimos en la oracion del Padre nuestro que se haga la voluntad de Dios en la tierra y en el Cielo, sería oponernos á su voluntad soberana, sino llevásemos con resignacion los trabajos. La voluntad de Dios al

darnos trabajos se cumple en el Cielo. Aquellos que tienen firme esperanza de la gloria, quieren mas padecer en esta vida que gozar. Es mejor esperar la vida eterna que poseer todos los bienes del mundo.» A qué perfeccion tan grande conducen estas dos virtudes cuando se poseen y se ejercitan con espíritu cristiano! Ellas son las que en cierto modo principian á descorrer el velo misterioso que oculta la divinidad y los infinitos bienes que encierra. Viendo á Dios con la fé cristiana, confiando en Dios con la esperanza cristiana, Dios mismo «va ensanchando el a'lma poco á poco, conforme á lo que entiende es menester para lo que pone en ella.» (Camin. cap. 28).

Quién ha llegado á poseer estas virtudes en la medida y en el grado que Santa Teresa las poseyó, no ha menester esforzarse mucho para amar de veras á Dios y al prójimo, síntesis y resúmen de los divinos preceptos, ó lo que es igual, reinará en su espíritu la virtud de la *caridad*, el amor divino, que entre otras ventajas de inestimable mérito tiene la singular de referirlo todo á Dios, y de sacrificarlo todo á su honra y gloria. La caridad cabe en todos los corazones y en todas las voluntades, y así se nos manda en el primer mandamiento del Decálogo, que amemos á Dios de todo corazon «*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.*» Bien pueden ser finitas las fuerzas del hombre, pero el amor de Dios no tiene fin ni término, «*Charitati non præfigitur terminus,*» dice Santo Tomás (2.—2., quest. 24), porque es una virtud que tiene su fundamento y su término en la comunicacion de la bienaventuranza. Dios es amor, y los bienaventurados en el cielo no hacen otra cosa que amarle viéndole cara á cara.

Conviene empero que tengamos presente la diferencia esencial que existe entre el amor con que el justo y el santo ama á su Dios, y el tambien mal llamado amor de las criaturas. En el mundo, en el amor mundano, las mas de las veces obra la pasion, mas en el amor de Dios es la voluntad despojada y desnuda de toda afeccion menos pura. Y siendo distinta la naturaleza de este amor, distintos son tambien sus efectos y por esto escribió la Santa: «O amor poderoso de Dios cuan diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía por parecerle que le han de gastar lo que posee. El de mi Dios, cuantos mas amadores entiende que hay, mas crece, y ansi sus goces se templan en ver que no todos gozan de aquel bien.» (Esclam. 2.^a, núm. 1.^o)

Efecto es tambien del amor divino desconocido en el humano, el trabajar por el amado con toda la intensidad y extension que nuestras facultades permiten, y si en la tierra los que aman las criaturas, llegan á cansarse cuando el amor exige un pequeño sacrificio, todo lo contrario sucede con el amor divino, con la perfecta caridad. «El servir á Dios con amor, hace tener por descanso el trabajo,» y por eso «nunca está ocioso.»

Buscan los mundanos consuelos estraños, si las criaturas en quienes han depositado su amor no son fieles ni corresponden, «el corazon que ama de veras á Dios no admite jamas consuelos que de Dios no vengan, porque Dios es quien le hiere con su amor, y quien le cura. Oh verdarero amor, con cuanta piedad, con cuanta suavidad, con cuanto de-

leite, con quanto regalo y con cuan grandísimas muestras de amor curais estas llagas que con las saetas del mismo amor habeis hecho.» (Esclam. 16.)

Y así como todo nuestro trabajo espiritual debe ir encaminado á la caridad, segun lo entendia Santa Teresa de Jesús cuando hasta en sus recomendaciones por la oracion decía «que no consiste en orar mucho, sino en amar mucho,» tambien debemos tener presente que todo lo verdaderamente bueno y saludable en nosotros ha de proceder de la caridad. Ella es la que aviva la fé, la que fortalece la esperanza, la que como expresa la Santa, inspira la mortificacion, enciende y rectifica el celo y hace gustosa la obediencia. El amor era el que inspiraba á su noble y generosa alma para consagrarlo todo á Dios, el reposo, la accion, la vida, la honra, «teniendo concierto hecho con Su Magestad de ser toda suya y no reservar nada para sí: de aquí todas sus proëzas y ese heroismo que tanto admiramos.»

Bien sabia el Real Profeta que el amor de Dios es la misma fortaleza. *Diligam te Domine, fortitudo mea* y la dá en efecto en tanta abundancia, que nada hay por poderoso que sea que pueda resistirse al amor divino. La dá para combatir y pelear con el infierno todo (Vid. cap. 8.º) y tanta fortaleza supone este amor que el espíritu, armado de él, no teme ninguno de los accidentes de la vida, que con frecuencia suelen llevar la perturbacion y la intranquilidad al corazon humano. «El que os ama de veras, bien mio, seguro va por ancho camino y real, lejos está el despeñadero, no ha tropezado tántico, quanto le dais Vos, Señor, la mano, no basta una caida y muchas si os

tiene amor..... Parece, Señor, que probais con mayor rigor á quien os ama para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡O Dios mio, quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma! Fálteme todo, Señor mio, mas si Vos no me desamparais, no os faltaré yo á Vos. Levántense contra mí todos los letrados, persiganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me falteis Vos, Señor, que ya tengo esperiencia de la ganancia con que sacais á quien en solo Vos confia. Pues estando en esta gran fatiga, solas estas palabras bastaban para quitármela y quietarme del todo. No hayas miedo, hija mia, que yo soy, y no te desampararé, no temas.» (Vid. cap. 25.)

No debemos estrañar que las almas que en Dios créen con fé viva, que en Dios esperan con confianza y seguridad plena, y aman á Dios con caridad perfecta, nada temen y desprecien además como nonada todo lo terreno, pues gozan del verdadero bien que es Dios, y á los que de Él gozan, «Él mismo se dá á sentir con muchas muestras. Una es despreciar todas las cosas de la tierra y estimarlas en tan poco como ellas son, y no querer bien suyo, porque ya tiene entendido su vanidad, no se alegrar sino con los que aman á su Señor, cansarle la vida; tener á las riquezas en la estima que ellas merecen, y cosas semejantes; esto es lo que les enseña el que las puso en semejante estado. Llegada aquí el alma no tiene que temer, sino es no haber de merecer que Dios se quiera servir de ella en darle trabajos y ocasiones para que pueda servirle, aunque sea muy á su costa.

Ansi que como hé dicho obra el amor y la fé, y no se quiere aprovechar el alma de lo que la enseña el entendimiento. Porque esta union que entre el Esposo y la Esposa hay, la ha enseñado otras cosas que el entendimiento no alcanza, traerle debajo de los pies.» (Concep. cp. 3, núm. 3.)

Es muy de tenerse en cuenta la poca resolucion que generalmente se observa entre las gentes del mundo para las acciones heróicas ó que exigen algun sacrificio. Reconcentrado el espíritu con el amor propio y el egoismo, no sabe el hombre salir fuera de si mismo cuando el deber ó la caridad reclaman actos extraordinarios y se retraen de hacer el bien antes que exponerse á sufrir una pequeña contradiccion ó correr un ligero peligro. No sucede esto con los santos y justos, cuyo espíritu está dispuesto siempre para las obras, y empresas que dicen relacion á la gloria de Dios. «Por esto os aconsejo, decia Santa Teresa á sus hijas, que siempre pidais esta paz tan regalada, porque ansi señoreareis todos estos temorcillos del mundo, y con todo sosiego y quietud le dais bateria. No está claro que á quien Dios hiciere merced tan grande de juntarse con su alma en santa amistad, que la ha de dejar bien rica de bienes suyos? Porque cierto, estas cosas no pueden ser nuestras, sino el pedir y el desear nos haga esta merced, y aun esto con su ayuda; que en lo demás, que ha de poder un gusano... Pues si á nuestra alma hace nuestro Señor tanta merced que tan sin division se junta con ella, qué deseos, qué efectos, qué hijos de obras heróicas podrán nacer de allí, sino quedase por su culpa?» (Concep. n.º 8 y 9.)

Y que por otra parte se necesita esta resolucion lo

dice y significa la misma naturaleza de la vida cristiana. Es esta segun sabemos, vida de lucha y de no interrumpido combate y ejercicio, y para luchar, y aun mas, para vencer á enemigos tan poderosos como son los que nos provocan, se necesita resolucion y ánimo decidido y esforzado. Esta determinacion de ninguna otra parte puede venir sino de Dios. «Siempre está, dice la Santa, con aviso de no se dejar vencer, porque si el demonio le ve con una gran determinacion de que antes perderá la vida y el descanso y todo lo que le ofrece que tornar á tras, muy presto le dejará. Sea varon y no de los que se hechaban á beber de bruces cuando iban á la batalla, no me acuerdo con quien, sino que se determine que va pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz, aunque otras veces hé dicho esto, importa tanto, que lo torno á decir aquí.» (Mor. 2.^a capítulo 7 & 8.^o)

Por esto pensó tanto y acometió con tanto denuedo su Reforma; por esto resistió tantas contradicciones y sufrió tantos trabajos. Del amor procede esa imperturbabilidad y presencia de ánimo que nos sorprende en muchos momentos de su vida. Las obras son efecto de la determinacion y del movimiento de la voluntad, y tanto mas grandes y de mas resultados, cuanto mayor hubiese sido la determinacion y el ánimo al emprenderlas. «La doctrina que no vá acompañada de la obra, dice la Santa, no es de provecho.»

Portentosos fueron ciertamente los efectos de su caridad en el exterior. Sus actos demuestran la sinceridad con que decia que mil vidas quisiera tener para emplearlas en el servicio divino; que la caridad

era para ella la mayor gloria del mundo, y que se sentia culpable de no arder en amor de Dios como un serafin. Pero los mas grandes resultados de esta vida de amor se producian en lo íntimo de su alma, porque como dice el Espíritu Santo «Toda la gloria de la hija del Rey es interior.» Su union con Dios nos ofrece maravillas inesplicables. Ella decia que «el amor distinto del alma es disparado por la misma como una saeta dirigida á Dios, la cual vuelve muy mejorada.» Dios, segun la espresion de la Sagrada Escritura, se dá por herido con el amor de las almas que le aman, y así sucedió con su previligiada esposa Santa Teresa de Jesús, que se le rindió, se le entregó, y puso á su disposicion su soberana bondad, su poder, su amor. Bien podia repetir esta su sierva las palabras del Salmo 22 en que el Profeta Rey se goza diciendo «que el Señor le alimenta y nada le falta; que ha rehecho su alma conduciéndola por los caminos de la justicia, que la ha preparado una mesa de delicias, ungiendo su cabeza con el óleo y dándole á beber la copa embriagadora, y que todos los dias de su vida le ha seguido la benignidad y misericordia de Dios.» Efectivamente porque amo á esta Santa singular diremos, usando palabras del mismo Salmista, la hizo recorrer en su mayor latitud los caminos de la perfeccion; porque habia dilatado su corazon y dotádole de inmensa ciencia y sabiduría. Así su alma saltó de gozo en el Señor y se deleitó en su salud, todos sus huesos dijeron á una voz, Señor, ¿quién hay semejante á Ti? No es de admirar que estando tan poseida y siendo tan favorecida de Dios, alcanzase tan alto sentido del inesplicable libro de los cantares, en que

bajo figura se nos manifiesta la intimidad de Dios con las almas que le aman. ¡Con qué lucidez explica al exponer el primer verso, la paz que ella gozaba en su union con el esposo! Con qué exactitud habla de la dulzura y suavidad del amor de Dios cuando se llega á descansar en Él! Con qué seguridad trata de las suspensiones y arrobamientos que produce este amor! Mas contengámonos en el curso de estas consideraciones. Nos mismo estamos usando un lenguaje que no entendemos y que no somos dignos de emplear, ni tampoco lo consideramos oportuno mientras dirijamos la palabra al pueblo fiel.

Baste lo dicho V. H. y A. H. para que infirais algo sobre las grandezas y escelencias de esta alma sublime, de este gigante de santidad. En ello va grande interés. No solamente hémos de ponderar sus virtudes, sino la elevacion que ellas alcanzan. Una sola observacion servirá para que os fijeis en esta circunstancia y mediteis sobre la altura de santidad en que se nos presenta nuestra madre y nuestro modelo. Desde los primeros pasos de su vida que ya son obras de santidad, hasta la de sus últimos años hay una diferencia y una distancia inconmensurable. Por lo que hace á evitar el mal, ya asomaba en su alma inocente y pura la santa virtud de la penitencia, cuando poseida del temor de Dios repetia con su hermanito el «para siempre» de la eternidad. Mas nos tomaríamos un empeño irrealizable si nos propusiéramos analizar los grados de perfeccion que desde el punto señalado habia recorrido cuando entrada ya en la séptima morada, decia, «que su penitencia consistia en no poderla hacer.» Lo mismo nos ocurrirá si la estudiamos

:

en orden á hacer el bien. Ya la caridad uníala con Dios cuando durante su niñez tenia por entretenimiento predilecto el hacer ermititas y ocuparse del sagrado culto. Pero ¿quién explicará la diferencia de este estado á la union de la última morada en que el amor de Dios como ella dice la tenia puesta en bobería? De estos conceptos solo se alcanza una sombra recordando el «*divinae consortes naturæ*,» que somos participantes de la divina naturaleza, como enseña el Apostol S. Pedro, que nuestra vida está escondida en Cristo, como lo esplica la mística Doctora; porque habiéndonos dado Dios la gran caridad de que el Verbo se uniese á la naturaleza humana y la ofreciese por la salvacion de los hombres, hemos sido declarados hijos de Dios, y por derecho de herencia podemos unirnos á Él y verle y gozarle en el cielo.

Grande compromiso es el que se nos impone, mis amados, como hijos de tan excelsa madre, distinguidos por la posesion del precioso tesoro de sus reliquias. Dios en su providencia, siempre misteriosa y adorable dispuso que hallándose en su amado convento de Alba, llegase el punto en que se disolviera la habitacion terrestre de su carne mortal; y que quedara entre nosotros aquel cuerpo que el Espíritu Santo habia adornado con tanta predileccion como templo vivo para sí con carismas y dones sin término ni medida. Y son muy para meditar los diversos y gloriosos deberes que de este acontecimiento surgen para nosotros y que se hacen mas apremiantes con la solemnidad del año centenario en que nos encontramos. Hoy mas que nunca debemos trabajar con esmero y entusiasmo por hacer su sepulcro glorioso. Los cuerpos de

los Santos se sepultan en paz, pero Dios vela por su honra, hace que viva y se rehaga su memoria de siglo en siglo, para que los pueblos celebren su sabiduría y la Iglesia anuncie sus alabanzas. Debemos dar gloria á una mujer que como el Profeta Elias á quien eligió por padre, fué tan amplificada en sus maravillas, que nadie se podrá gloriar de la misma manera; que hizo cosas asombrosas durante su vida y en su muerte obró prodigios; ensalzamos á la mujer providencial que gobernó su corazon segun el Señor, y en sus dias corroboró la piedad como el religioso Josias.

Sea pues su memoria en bendicion y que pululen sus huesos brotando de ellos la fragancia de la virtud, que nos atraiga á Dios, y la vida que nos reanime y fortalezca. Hoy que tanto sentimos la debilidad y el decaimiento, ¿qué ejemplar mas propio se nos puede proponer que el de la gran Reformadora, para evitar la molicie en las costumbres, la bajeza en las acciones, y esa indiferencia y abandono que tanto perjudica á nuestra dignidad y carácter de cristianos? Desde su tumba y desde aquel sagrado relicario nos está diciendo, que sino somos fuertes y nobles en nuestra vida, es porque no nos hacemos fuerza, porque no queremos. No es que se haya hecho incapaz de esfuerzos nuestra naturaleza. La misma objecion, era la que comunmente se le oponia á nuestra Santa cuando intentaba la reforma. La razon mas frecuente contra sus designios era que la naturaleza humana no estaba ya para los rigores que presumia. Y ella mujer y enferma demostró la futilidad del argumento introduciendo entre los Descalzos una austeridad, que como se dijo ya en sus tiempos, servia de admiracion

á los anacoretas del desierto. Su reforma subsistiendo siempre sin que permita la mitigacion, está demostrando, que no solamente Dios no se muda, sino que tampoco el hombre con relacion á Dios debe mudarse.

No digamos que no somos ángeles y santos, porque como contestaba vivamente la misma, si tenemos una santa osadía para pensar que podemos serlo, Dios ayuda á los fuertes. Esta fuerza debe ser el fruto de nuestras meditaciones y de nuestra oracion al pié del sepulcro de Santa Teresa. Acudamos purificados y fortalecidos con los Santos Sacramentos en busca de tan inestimable beneficio. El Papa nos guía y nos alienta con sus bondades: en aquel venerando oratorio todo estará dispuesto durante este año memorable para edificaros, para instruiros, para satisfacer vuestras necesidades espirituales: cultos especiales todos los dias, funciones solemnes en los mas señalados, siempre una asistencia religiosa mantenida con el mayor celo y acierto por el venerable clero que asiste á aquella frecuentada Iglesia, son preparativos que harian de todo punto inexcusable vuestra indiferencia. No dudamos que hoy mas que nunca demostrareis á la vez que el interés por vuestra salvacion, vuestro amor nunca desmentido á Madre tan admirable. Ordenad devotas romerías y por vuestras penitencias, por vuestros dones, por vuestro fervor, por vuestra piedad y aprovechamiento espiritual dejad allí un testimonio perenne de las misericordias del Señor que tan apasionadamente cantó en vida y con tanta magnificencia publica despues de su muerte Santa Teresa de Jesús.

Recibid como prenda de amor y del deseo de todo vuestro bien la bendicion cordial que en el nombre † del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo, os dispensa vuestro Prelado.—Dada en Nuestro Palacio Episcopal de Salamanca á 1.º de Marzo de 1882.—
 NARCISO, *Obispo de Salamanca y Administrador Apostólico de Ciudad-Rodrigo*.—Por mandado de S. E. I.ª el Obispo, mi Señor, *Dr. Pedro García Repila*, Pro-Secretario.

Los Señores Curas Párrocos y Ecónomos leerán en la forma acostumbrada y esplicarán esta nuestra Carta Pastoral.

LETRAS APOSTÓLICAS.

BEATISSIME PATER.

Infrascripti Praelati qui, causa novitatum, quae a Gubernio circa res ecclesiasticas in legibus ferendis meditantur húc convenerunt, una cum in hac urbe habitualiter commorantibus conjuncti, opportunam occasionem elabi non sinere possunt, quin ad Sanctitatem Vestram reverentissime ex intimo cordis affectu mittant salutationem, his commoti praecipue angustiis, quibus magnanimum cor Beatitudinis Vestrae opprimitur et amaritudine perfunditur. Si animo Sanctitatis Vestrae in tanto dolore vel leve solatium nostrae firmissimae adhaesionis protestatio afferre potest, et nostrae venerationis atque amoris nostri indefectibilis testimonium, ea benigne accipere digne-

ris. Vestra sensa nostra sunt, Vestra afflictione affligimur, pro Vestra causa in carcerem et in mortem ire sumus parati. Omnipotentem Deum Sanctitati Vestrae assiduis orationibus propitium reddere adnitemur, ut moralis Vestra captivitas cito finiatur, ut Sedi Apostolicae omnino restituantur iura, et omnia mala, quibus Sancta Ecclesia exagitur et premitur, illico dissipentur.

Ut nostris votis clementer annuat, intercessorem specialem adhibebimus insignem Reformatricem, Divam Theresiam a Jesu, a cujus obitu in Villa vulgo «Alba de Tormes» tertius decurrit saecularis annus. Hac potenti mediatrice interposita, a divino ejus Sponso, ut mundum per Naturalismi corruptoris vias illudum ac deperditum ad fidem supernaturalem redire compellat, ut illa charitate, qua illibatam Virginem sibi victimam praeparavit acceptissimam, omnium hominum corda concremet, ut omnes ad se illo orationis spiritu elevet quo Sanctam Nostram adeo fecit praeclaram, enixe precabimur.

Hoc vellemus autem, Sanctissime Pater, ut sit bonum in oculis Vestris, nos ad hoc Theresianum Centenarium celebrandum animum viresque applicare, atque, ut in majorem Dei gloriam et honorem, quem tam ardentem zelavit S. Theresia tanta festivitas cedat, et ampliores ex ipsa sanctificationis fructus percipere fideles possint, Sanctitatem Vestram humiliter rogamus, ut aliquas gratias illis, qui religionis functionibus pro tertio S. Theresiae Centenario habendis, ubicumque intersint, largiaris, et ut hae gratiae majores sint pro iis qui ejus venerabile Sepulchrum in Alba de Tormes toto anno 1882, vel ali-

quo ejus tractu a Vestra suprema voluntate determinando, devote visitaverint.

Pater misericordiarum et Deus totius consolationis quietam et tranquillam Vestram vitam quam diutissime protrahat, ut ab Ipso postulare non desinent

Vestri humillimi et devotissimi servi, qui ad Sanctitatis Vestrae pedes provoluti, ipsos deosculantur,

BEATISSIME PATER,

Matri 25 Novembris an. 1881.

Joannes Ignatius Cardinal. Moreno.

Michael, Card. Payá. Archiepiscopus Compostellanus.

Josephus, Patriarcha electus Indiarum.

Antoninus, Archiepiscopus Valentinus.

Fr. Petrus, Episcopus Cauriensis.

Josephus Maria, Episcopus Barcinonensis.

Narcisus, Episcopus Salmanticensis.

Honorius, Episcopus Oscensis.

Ciriacus Maria, Episcopus Areopolitanus.

EX AUDIENTIA SSMI.

Die 10 Januarii 1882.

Sanctissimus Dominus Noster Leo divina providentia Papa XIII, EE. ac RR. DD. S. R. E. Cardinalium Joannis Archiepiscopi Toletani et Michaelis Archiepiscopi Compostellani, nec non aliorum Hispanorum Antistitum legitimis votis ultro libentique animo obsecundans, ut Fidelium devotio erga B. Theresiam a Jesu augeatur, praecipuum Hispaniae et Ecclesiae Catholicae decus, atque etiam ut splendor et solem-

nitas accrescat festis tertio saecularibus, quibus ejusdem Sanctae Virginis memoriam hispanus populus celebrat, ad augendam pariter Fidelium religionem, animarumque salutem procurandam, referente me infrascripto Secretario Sacrae Congregationis Negotiis Ecclesiasticis extraordinariis praepositae, sequentes spirituales gratias de thesauro Ecclesiae benigne elargiri dignatus est: videlicet—partialem Indulgentiam septem annorum in forma Ecclesiae consuetam lucrandam ab omnibus et singulis utriusque sexus Christifidelibus qui sacris functionibus devote intererint, quae in toto Hispaniarum regno peragentur pro supradictis centenariis festis:—Indulgentiam vero plenariam animabus etiam in Purgatorio detentis per modum suffragii applicabilem, ab omnibus Christifidelibus, ut supra, lucrandam, qui vere poenitentes, sacramentaliter confessi, sacraque communionem refecti, vertente anno millesimo octingentesimo octogesimo secundo sacram peregrinationem suscipientes, Sepulchrum B. Theresiae, ipsam veneraturi, adibunt, ibique per aliquod temporis spatium devotas preces Deo effuderint juxta mentem Sanctitatis Suae. Quam quidem plenariam Indulgentiam eadem S. S. iis etiam benigne elargitur qui adversa valetudine, aut provecta aetate, aut alia quavis gravi et rationabili causa impediti, a proprio Confessario legitima agnoscenda, praedictam sacram visitationem non servata forma piae peregrinationis, peragent. Datum Romae e Secretario ejusdem Sacrae Congregationis, die mense et anno praedictis,—*M. Rampolla*, Secretarius.

Salamanca. — Imp. de Oliva.